



El título del volumen, *El mito de la neutralidad*, corresponde al intento de hacer más que reunir trabajos dispersos y poco accesibles. Alonso busca allí, y lo logra, interesar en sus métodos y en las críticas que le han permitido modificarlos.

Los siete trabajos reunidos tratan de dos temas distintos que Alonso y sus colegas han trabajado empíricamente. El libro se presenta entonces en dos partes: "Mujer y trabajo en América Latina", donde Alonso presenta tres estudios suyos efectuados en Guatemala y en México; "Emigración rural mexicana a los Estados Unidos", que contiene dos artículos de Raymond E. Wiest, uno de Paz Trigueros y otro de Alonso. El interés específico de cada trabajo se multiplica así por su inserción en un conjunto polémico abierto al diálogo.

No deja de ser irónico, desde el punto de vista adoptado en esta reseña, que esto que se valora como una buena alternativa a los manuales de metodología es presentado por el autor como un complemento e ilustración de su propio libro "Metodología". Pero Alonso nos dice también haber puesto a prueba este libro en sus experiencias docentes. De allí sacó una lección que le agradecemos, a pesar de que siga escribiendo Metodología con una "M".

François Lartigue

ROBERT LEKACHMAN

JAQUE A LOS ECONOMISTAS. POR QUÉ LOS EXPERTOS NUNCA RESOLVERÁN NUESTROS PROBLEMAS*

Nunca será suficiente recibir las bondades de la crítica y la autocrítica en cualquier ámbito considerado. Una sociedad que no se alimentase permanentemente de ellas sería, en los hechos, una sociedad inerte y sin posibilidades de desarrollo. En especial, en este turbulento período finisecular, donde todos los asuntos públicos deberían ser sometidos a una franca revisión para el tránsito (sin dolor) al nuevo siglo, cobra importancia volver la vista a nuestros grandes problemas porque, de identificarlos correctamente, podemos estar seguros de tener en las manos la mitad de su solución.

En esa perspectiva cierta literatura reciente en el campo de la economía comenzó a hacer lo propio. Pocos dudarán que en los últimos años el mundo ha estado dirigido predominantemente por economistas (neoliberales, en abrumadora mayoría) y, más pocos aún, que los resultados de su gestión han sido hasta el momento más negativos que positivos para el grueso de las personas.

Consciente de ello, Robert Lekachman, profesor de teoría económica en el Lehman College de Nueva York, se propone hacer una crítica resuelta de ese gremio, al cual pertenece, en su libro *Jaque a los economistas. Por qué los expertos nunca resolverán nuestros problemas*. Y su esfuerzo no puede provocarnos sino satisfacción con algún sesgo esperanzador, al reconocer en él un saludable juicio demoledor de los economistas que, "cuando se equivocan en masa, por lo general son otras personas las que sufren las consecuencias".

Los jóvenes en la Inglaterra de la "dama de hierro" (Margaret Thatcher); los jóvenes, las mu-

*Robert Lekachman, *Jaque a los economistas. Por qué los expertos nunca resolverán nuestros problemas*. Cuatro Vientos editorial, Santiago de Chile, 1988, 251 pp.

jeros y los negros en los Estados Unidos, en especial en las dos últimas décadas, se encuentran todos familiarizados con esas consecuencias provocadas por asesores y ejecutores a quienes, como Lekachman observa, curiosamente nunca les tocan. En efecto, la cesantía y la inflación —dos problemas inmediatos generadores, a su vez, de otros conflictos sociales no olvidados por el autor— se manejan con despreocupada facilidad en la medida en que los sufrientes son “los otros”, “los demás”, *pobres* en su mayoría.

Y ya se sabe: la pobreza no figura en la agenda neoliberal al momento de sopesar los riesgos de las libres fuerzas del mercado o, en el mejor de los casos, lo hace para representar uno de los “desajustes” de éste último, pero nada de gravedad según sus epígonos.

Para adentrarnos en el asunto, Lekachman aborda en primer lugar lo que él mismo llama “el penoso estado de la economía”, centrándose en los Estados Unidos y, particularmente, en la doble gestión de Richard Nixon al frente de la Casa Blanca; sin dejar de mencionar la frecuencia con que los pronósticos económicos fallan sea cual sea la fuente de donde provengan (el autor piensa en el caso de la Bolsa y en revistas prestigeadas, como *Business Week's*). “Cesantía y pobreza” se titula el segundo capítulo, donde muestra que el problema no es que haya escasez de trabajo útil —los jardines, los museos, las bibliotecas, por ejemplo, requieren de mayor mantenimiento y personal— sino que la pobreza, generada y alimentada por el desempleo, cumple “numerosas funciones” económicas y políticas en beneficio de quienes no son pobres. Lo cual hace a éstos interesados por mantenerla en un nivel determinado.

En el capítulo 3, Lekachman recuerda los tiempos de Adam Smith y John Stuart Mill cuando “la economía participaba en la búsqueda ética de principios de mejoramiento personal”, toda vez que el contexto material ejercía influencia en la calidad de la conducta cotidiana; pero que ahora, los economistas contemporáneos, han modificado sensiblemente en la supuesta búsqueda de una ciencia positiva, de una ciencia económica libre de valores, libre de moral. En el capítulo 6, “Cuatro visionarios”, amplía su análisis sobre el primer aspecto y habla de ese pasado no demasiado lejano “cuando los economistas de primera fila estaban dotados de una perspectiva moral, un sentimiento por la complejidad institucional y un sentido de la historia”. Y sugiere que Smith, Marx, Veblen y Keynes tienen todavía hoy importantes cosas que decir ante nuestra perplejidad analítica por los fenómenos de este siglo que muere.

Por otra parte, un problema más vertebró el pensamiento de Lekachman a lo largo del libro:

la prodigalidad en el uso de recursos renovables, dice, es un lujo del pasado. De aquí, pues, su crítica a las mediciones del crecimiento en las sociedades contemporáneas, comenzando con el Producto Nacional Bruto (PNB), para el cual el deterioro ecológico es perfectamente cuantificable.

Varios son, pues, los ángulos de interés de este libro que, al momento de su aparición (1976) fue, en verdad, novedoso en su línea de análisis. Con todo, en mayo de 1987, un año antes de su publicación en Chile, Lekachman expresaba su sorpresa al editor y le decía: “Espero que el cambio en la actitud oficial signifique un ablandamiento del régimen de Pinochet y no el humillante juicio de que soy totalmente inofensivo”.

Y es que, efectivamente, las ideas tienen *consecuencias*. Y para mayor riqueza del libro, éstas no son unívocas: se encuentran tantas cuantas veces se le revise. Lo descubrirá quien lo lea.

Inés Castro